



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADEMICOS
CAJA	020
EXP.	053
DOC.	002
FOJAS	3-6
FECHA (S)	s/f

LUZ DE OAXACA

(ARTICULO)

May 20

BF7C20E53D2F3

Dra. Beatriz de la Fuente
Investigadora Emérita del Instituto
de Investigaciones Estéticas, U. N. A. M.

Era yo apenas una niña cuando visité por primera vez Oaxaca. Son muchas las cosas que podría recordar de ese viaje, algunas de ellas desdibujadas o idealizadas por el tiempo, pero sobre todos, el primer recuerdo, el más avasallante, es la luz. La luz de Oaxaca es la experiencia inaugural del mundo. Luz más que diáfana: eterna; luz que lo inunda todo y todo lo crea y lo recrea: las piedras, las montañas, las cañadas, los valles y las obras del hombre.

El recuerdo se fija en la luz radiante, que se disemina por todos los confines y crea imágenes y siluetas nunca vistos. La luz que anima y hace visible el mundo, en su profundo claroscuro, tiene en Oaxaca sus obras maestras. Se exhibe, de manera ostensible, en el tablero escapulario de los edificios zapotecas, en la urdimbre exquisita de Mitla, donde es la posición del sol la que va haciendo y deshaciendo el entramado maravilloso de las lajas. ¿No es el sol también, al dominar el valle central y extenderse sobre el horizonte como una epifanía, lo que explica la grandeza de Monte Albán? Acrópolis perfecta, su arquitectura geométrica, su trazo urbano, no son un desmentido del paisaje o su negación, como pasa con las ciudades modernas, sino su glosa solar, su retícula de luz.

La omnipresencia del sol domina la cultura oaxaqueña. Para imitarlo, manos artesanales habilísimas hicieron los famosos oros de Oaxaca, y construyeron ciudades como Dainzú, Yagul, Zaachila y Lambityeco.

Y qué decir de los altares barrocos, hechos para el fulgor de la luz divina. Recuerdo, como en el primer viaje, la aparición sobrecogedora, en medio de un paisaje lunar, de Yanhuatlán. Pocas cosas me han impresionado más que esa mole de cantera amarilla, erigida al centro de la Nada, sólo para honrar a Dios y como prueba irrefutable de la voluntad del hombre. Adentro del templo, la luz es otra: no es la luz que ciega y calcina el paisaje, sino una luz mística, un mediotono que explica el triunfo del dios de los conquistadores sobre los dioses antiguos. El oro de los altares barrocos está pensado en función de la luz, de los poderes sobrenaturales de la luz, más que en función del lujo o la soberbia. ¿Quiénes veían estos altares perdidos en el desierto y la montaña? La luz es inexplicable pero sus obras son evidentes. El mismo milagro ocurre en otros sitios de la sierra Mixteca: en Teposcolula, en Coixtlahuaca, y en aquellos sitios privilegiados de la fe oaxaqueña:

Tlacoahuaya y su torbellino de flores; Huayapan y su encaje milagroso, y por supuesto en los altares de la capital, la antigua Antequera.

Oaxaca es, entre todas las ciudades mexicanas, acaso la que más conmueve y la que mejor se dispone a mi espíritu. Me gustan sus calles y su pintura, es decir su traza y sus trazos, que son extraordinarios. Oaxaca es una ciudad que invita a caminarla por su estatura humana y porque sabiamente va dosificando sus emociones y sus sorpresas.

Me gusta también porque no deja de ser provinciana -igual y fiel, pupilas de abandono, como decía de la patria López Velarde-, al tiempo mismo que es dueña de un sorprendente cosmopolitismo, aire desenvuelto que le dan no sólo los visitantes extranjeros que ávidos la beben, sino porque en ella se rezuma un cosmos indígenas fulgurante: crisol de las numerosas lenguas oaxaqueñas -zapotecos, mixes, mixtecos, huaves, mazatecos, zoques, triquis, etcétera-, amén de la lengua española tan bien hablada y escrita por escritores de la talla de Vasconcelos y Henestrosa. Y además, porque artistas como Francisco Toledo, que se ha asentado en ella, o

Rodolfo Morales, que lo ha hecho en la cercana Ocotlán, han hecho de Oaxaca uno de los centros gravitacionales de la cultura mexicana, y por qué no, mundial.

Es necesario -y por otra parte inevitable- detenerse en los pintores oaxaqueños. La pintura de ese estado es por sí misma todo un fenómeno cultural, un universo referencial rico y autónomo -que no aislado-. Cuando Tamayo emprendió la renovación de la plástica mexicana lo hizo desde el corazón mismo de una tradición antiquísima y con el lenguaje bien aprendido de la modernidad. Su comprensión del arte prehispánico fue más profundo que el de cualquiera de sus detractores y pronto creó un estilo que era la continuidad del arte antiguo mexicano. Esta capacidad de saberse heredero del pasado y dueño de lo contemporáneo, a la vez mexicano y universal, también define el arte de Francisco Toledo, gestor de un fenómeno cultural generoso y él mismo todo un fenómeno cultural. No podemos olvidar a los dos Rodolfos, Morales y a Nieto para dar idea cabal de las dimensiones del caudal del arte oaxaqueño, arte que es una tradición que no cesa.

Yo podría seguir hablando infinitamente de temas oaxaqueños, sin ser una erudita en todos ellos, por el sólo hecho de que Oaxaca se nos presenta con una vastedad y una riqueza que bien se presta a ello. Podríamos hablar de maravilloso arte popular oaxaqueño; de los poetas zapotecos y los músicos triquis; del árbol del Tule que es toda una metáfora de Oaxaca; del Juchitán inventado y del real, sin saber nunca cuál es cuál; de la mixtura exquisita de las razas: de los negros, de los indios y los criollos; de Alvaro Carrillo; podríamos hablar de que Oaxaca tiene todos los ecosistemas imaginables; podríamos hablar del oro de las tehuanas y sus magníficos vestidos...

Como pueden ver, el tema es inagotable. Pero este torbellino de imágenes en esta ocasión no fue provocado por la ansiedad del viaje, sino por la lectura gozosa y rica de estos tres magníficos libros que hoy presentamos y que nos muestran a Oaxaca en toda su complejidad y su riqueza. Libros extraordinarios por su manufactura -objetos hermosos y acariciables que delatan un trabajo

amoroso y detallista de sus editores- y por su contenido, ya que está escrito por especialistas de primer nivel.

Aplaudo la generosidad del gobierno estatal para hacer realidad esta espléndida panorámica de la cultura oaxaqueña, una de las tradiciones culturales más antiguas y vivas del continente. En tiempos difíciles y tan oscuros como los que corren siempre es un alivio constatar el vigor de nuestra cultura, que al final de cuentas es lo que nos mantiene unidos.

Como todo en la memoria, Oaxaca se convierte en una necesidad del alma. Y siempre que regreso a ella pienso en la niña que fui y que sigue obnubilada por su luz. Esta necesidad del alma, esta pasión, ha sido colmada con creces por estos libros deliciosos.

Muchas Gracias.